

LA SAGA DE LOS LEJONGÅRD

CORINA  
BOMANN

La promesa de Solveig

*Traducción:*  
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

# PRIMERA PARTE

## 1967

# Capítulo 1

—¡ESO ES TODO por hoy, señores!

El profesor Kersten cerró el libro de golpe y se sacudió una mota de polvo imaginaria de la solapa de su bata blanca. Nadie sabía por qué la llevaba durante las clases, pues ahí no había nada que diseccionar. Sin embargo, era una costumbre que tenía y que probablemente no abandonaría nunca.

A sus palabras les siguió el golpeteo de decenas de nudillos en las mesas del aula, que fue como el retumbar del trueno tras el relámpago. Un momento después, las hileras de bancos cobraron vida.

También Kitty, que estaba a mi lado, se levantó entonces. En realidad se llamaba Katrina Vaderby, pero solo los profesores la conocían por ese nombre. Ella se refería a sí misma como Kitty, y así era como la llamábamos sus amigos y compañeros de estudios. Un mechón castaño y rizado le cayó en la cara cuando se colocó el chal alrededor del cuello. Era mi amiga y con quien compartía habitación en la residencia de estudiantes. Aunque mi madre había tenido una casa en Estocolmo, la había vendido hacía tiempo para ayudar a levantar Lejongård tras la guerra.

—Oye, Solveig, ¿qué te parecería si hiciera el doctorado con Kersten sobre enfermedades venéreas en los caballos? —comentó Kitty con una risita mientras recogía sus apuntes y demás enseres a toda prisa.

—Seguramente le daría un patatús. No puedes hacerle eso. —Casi se me saltaron las lágrimas mientras intentaba contener la risa.

A Kitty siempre se le ocurrían comentarios jocosos de ese estilo, una de las razones por las que me caía tan bien.

El profesor Kersten era de la vieja guardia. Llevaba dando clases desde la Segunda Guerra Mundial y le quedaba muy poco para jubilarse. No estaba del todo claro que fuera a acompañarnos durante los años del doctorado, pero la ocurrencia de Kitty me dejó una sonrisa traviesa en los labios.

—¡La durina es un tema serio! —exclamó, imitando al hombre—. ¡Ya lo oíste la semana pasada en la clase de la profesora Rubinstein! No olvides que es motivo para sacrificar a un animal...

—Pues quizá te iría mejor hacer la tesis con ella —repuse mientras también recogía mis cosas—. Me parece buena idea, de todos modos, porque la profesora Rubinstein tiene una visión más moderna. Si me matriculo en el doctorado, será con ella.

Tras ese comentario, Kitty y yo salimos del aula de la Escuela Superior de Veterinaria. Por todas partes había grupitos de alumnos charlando. Algunos desafiaban el frío invernal bien abrigados con jerséis y ropa de colores llamativos. Yo, por el contrario, con mi abrigo de lana gris y unas toscas botas marrones, ofrecía una imagen algo apagada. El único toque de color era una gorra de punto de un verde lima que me había comprado en unos grandes almacenes. Kitty opinaba que me quedaba muy bien y que resaltaba el verde de mis ojos, un rasgo que había heredado de mi padre.

—¿Qué planes tienes para las vacaciones de primavera? —pregunté. En mi caso, sabía muy bien dónde pasaría aquellos días libres.

No había regresado a Lejongård desde las vacaciones de Navidad. Durante las semanas siguientes, por fin volvería a tener tiempo para salir a montar y descansar después en el cálido salón de mi abuela, leyendo un libro.

—Si te soy sincera, todavía no lo tengo muy claro —respondió Kitty—. La verdad es que queríamos ir a esquiar, pero a Marten le apetece visitar Francia. Con este tiempo, ¿te lo puedes creer?

—Seguro que en el sur hace más sol y las temperaturas son más suaves.

No sabía de qué se quejaba. Marten Ingersson la llevaba siempre en palmitas, y a mí un viaje a Francia me parecía muy romántico. ¿No pensaría aprovechar para proponerle matrimonio?

—Pero es que Francia es un destino más de verano, ¿no crees? Además, Marten quiere que vayamos en coche.

—Pero si en avión sería mucho más rápido...

—Y también caro. —Kitty suspiró—. Ya me veo metida en su destartado Fiat, traqueteando por toda Dinamarca, y luego Alemania y Luxemburgo... Para cuando lleguemos, se nos habrán acabado las vacaciones. —Me miró a los ojos—. Tú tienes más suerte con eso.

—¿En qué sentido?

—Sören sí que podría permitirse los billetes de avión. Y, si él no, sin duda tú sí.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Me preguntaba cuándo se daría cuenta Kitty por fin de que tener un apellido nobiliario no siempre conllevaba ser rico. Por mucho que Lejongård fuese una finca reconocida, mi madre y mi abuela se las veían y se las deseaban para mantener a flote la empresa en los tiempos que corrían. Rara vez nos compraban grandes cantidades de caballos, y tampoco contábamos con los lucrativos contratos que en su día habíamos firmado con la casa real. Además, mi madre estaba muy ocupada con la dirección de nuestra segunda propiedad, la finca Ekberg, que al menos iba lo bastante bien como para poder contratar a un administrador. De la parte comercial, sin embargo, se encargaba mi madre, Matilda Lejongård, en persona.

—Pasaré unos días con mi familia. Me encanta ir a la finca —añadí—. En la ciudad echo mucho de menos montar a caballo.

—Pues deberías abrir un club de *jogging* como los que hay en Estados Unidos desde hace un tiempo.

—¡Ja, ja, muy graciosa! —Me gustaba moverme, pero correr no era lo mismo que cruzar los prados a galope tendido.

Kitty miró la hora en su reloj de pulsera.

—Bueno, me toca clase con Hansen. Tienes suerte de haber entrado en el grupo del profesor Harland.

—No es mucho mejor que él en cuanto a exigencia.

—Pero sí muchísimo más guapo. —Chasqueó la lengua y sonrió antes de empezar a andar.

Salí al exterior y levanté la cabeza hacia el cielo. Aunque todavía era invierno, el tiempo había mejorado bastante esos últimos

días. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero ya se notaba la primavera en el ambiente. ¡Y eso que aún estábamos en febrero! Casi se podía adivinar el cambio que daría el campus con la aparición de los primeros brotes verdes.

Pese a que sucedía todos los años, al principio de la primavera siempre tenía la sensación de contemplar su esplendor por primera vez en la vida. Qué curioso que el invierno borrara tan fácilmente el recuerdo de toda esa belleza.

Un roce me sacó del ensimismamiento; una mano que se posó con suavidad en mi cintura. Abrí los ojos sobresaltada y, antes de poder gritar, me encontré mirando a los iris castaños de Sören Lundgren.

—Hola, preciosa, ¿soñabas despierta? —preguntó, y me besó sin dar tiempo a que le contestara.

La calidez de sus labios hizo que olvidara que estábamos en el campus, donde cualquiera podía vernos.

Al principio no habíamos querido anunciar nuestra relación a los cuatro vientos, pero, a esas alturas, muchas veces me sorprendía pensando en lo orgullosa que me sentía de tener a mi lado a un hombre como él. El secretismo y los besos robados de los comienzos se habían convertido en mucho más, y ya no me preocupaba que nos descubrieran. Incluso deseaba que nos vieran juntos y nos envidiaran.

—Oye, ¿qué haces tú aquí? —me extrañé—. Pensaba que hoy tenías que ir a la consulta.

Sören cursaba ya el quinto año y le quedaba muy poco para titularse. En esos momentos hacía las prácticas con un veterinario a las afueras de Estocolmo, donde atendía sobre todo a perros y gatos.

—El médico está enfermo y ha cerrado. Yo le he dicho que podía encargarme de su trabajo, pero no ha querido.

—Bueno, al fin y al cabo, aún no tienes el título.

—Pero si prácticamente le llevo la clínica... Merezco un poco más de confianza por su parte.

—Yo sí confío en ti —dije, y le di un beso burlón.

—Y eso lo es todo para mí. —Volvió a apretar su cuerpo contra el mío—. ¿No tendrás un rato libre, por casualidad?

Negué con la cabeza.

—Clase con el profesor Harland.

—¡Ah, con el guaperas! —repuso él, riendo.

—No es ningún guaperas. No sé qué os ha dado a todos. Yo solo lo veo como un catedrático competente y profesional.

—... por el que suspiran todas las chicas de la Escuela de Veterinaria. Menos tú, según parece.

—Es que te tengo a ti. Además, ¡si Harland ya ha cumplido los cuarenta! ¿No crees que es un poco mayor para mí?

—A las demás no parece importarles. Y no olvides que es profesor. Seguro que gana un buen sueldo.

—¡Yo pertenezco a la nobleza! —exclamé y, en broma, levanté la cabeza con altivez—. A mí no se me impresiona con dinero.

—¿Con qué, entonces?

Me rodeó las caderas con los brazos.

—Lo sabes muy bien...

Le di un beso y puse una sonrisa elocuente. Era una verdadera lástima que tuviera que irme a clase justo en ese momento.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó Sören.

—Hacer las maletas para regresar a casa —dije—. ¿No te apetecerá hacerme compañía, por casualidad?

Ladeó la cabeza.

—Eso depende de cómo acabe lo que tengo pensado.

Enarqué las cejas.

—¿Acaso pretendes impedir que haga las maletas?

—Tal vez.

—¿Y por qué ibas a querer eso? ¿Tienes un plan alternativo para las vacaciones?

—Quedemos aquí, en el campus, esta noche —dijo, en lugar de contestar—, y entonces te lo contaré.

—¿Vamos a ver estrellas fugaces? —pregunté, y volví a levantar la mirada.

Unos jirones de nubes recorrían el azul del cielo invernal. Era probable que se tapara del todo y que la noche fuera muy oscura.

—Algo mejor. Tú fíate de mí. —Sonrió para animarme.

Noté que se me aceleraba el corazón. Me gustaba mucho que me preparara sorpresas, aunque al mismo tiempo detestaba

que no me diera ni una sola pista. Si había pensado llevarme de viaje, tendría que avisar en casa. Mi abuela no soportaba que desapareciera de repente.

—De acuerdo —accedí, porque intuía que no conseguiría que me desvelara nada ni con la más fervorosa de las súplicas.

Sören arrugó un poco la frente. Mi respuesta debió de parecerle algo reacia.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, claro. —Sonreí—. Solo estoy intrigada, nada más.

—Muy bien —dijo con alivio—. Te prometo que será una sorpresa bonita.

—De eso no me cabe duda.

Le puse las manos en la nuca y nos besamos de nuevo. Alguien silbó con picardía desde algún sitio, pero no le hicimos caso. En ese momento éramos invencibles.

FALTABAN POCOS MINUTOS para las ocho cuando me planté en el campus con el corazón palpitante. En el gran edificio quedaban muy pocas ventanas iluminadas. De vez en cuando había alguna clase tardía, desde luego, pero a esas horas solía estar todo bastante tranquilo. Pronto, solo el personal de limpieza recorrería los pasillos de la escuela.

Todavía me preguntaba por qué había querido Sören que nos encontráramos justo ahí. Casi siempre íbamos a algún local cerca del campus, donde había muchos restaurantes y cafeterías.

El frío empezaba a meterse por debajo de mi abrigo y, además del desconcierto, empecé a sentir cierto fastidio. ¿Dónde se había metido? Miré la hora en mi reloj de pulsera. Las ocho menos cinco; aún faltaban unos minutos. ¿Por qué había llegado yo tan pronto?

Sin duda, para evitar las preguntas de Kitty. Cuando se enteró de que Sören me estaba preparando una sorpresa, se lanzó a hacer especulaciones descabelladas.

—Quizá te secuestre y te lleve a Davos —dijo—. O de viaje por Italia.

—De ser así, seguro que me habría pedido que preparara una maleta con más ropa.

—Puede que ya tenga de todo allí. Creo que conoce tu cuerpo lo bastante para calcular tu talla.

—¡Kitty! —exclamé algo escandalizada, aunque tenía razón.

Sören y yo disfrutábamos de nuestros cuerpos siempre que podíamos y nos apetecía. El hecho de no vivir juntos parecía avivar nuestro deseo más aún y, cuando estábamos en su apartamento, sobre todo los fines de semana, yo ya no quería volver a salir de allí.

Miré alrededor. Me notaba inquieta. No era capaz de distinguir si tenía los dedos fríos a causa del nerviosismo o si era solo que me estaba helando de frío.

Entonces oí unos pasos detrás de mí.

—¡Aquí estás! —exclamó Sören, como si me hubiera retrasado—. ¿Lista?

—¿Lista para qué?

Se sacó algo del bolsillo. A primera vista parecía un calcetín oscuro, de caballero. Me sobresalté.

—No temas, solo quiero taparte los ojos —explicó.

—¿Con un calcetín tuyo?

—No es un calcetín. Hazme este favor, venga.

—Está bien.

Me volví de espaldas y, un instante después, noté que el supuesto calcetín era en realidad un retal de seda. Sören me lo anudó en la nuca y luego puso una mano en mi brazo.

—Espero que no vayas a secuestrarme...

—No exactamente —contestó—. Pero no puedes ver la sorpresa hasta que estemos allí.

Me guió primero por la nieve y después por una superficie que bajo mis zapatos parecía una acera. Nuestros pasos resonaron en los edificios vacíos, hasta que Sören se detuvo.

—Ya hemos llegado —anunció.

Cuando me quitó la venda, me encontré mirando a un sinfín de velas que formaban un enorme corazón en el suelo.

La nieve destellaba bajo su luz, que iluminaba también unos cuantos pétalos de rosa artificiales.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—Enseguida lo verás.

Me llevó al interior del corazón de velas y se arrodilló ante mí como si quisiera que lo nombraran caballero. Entonces sacó algo más del bolsillo de su chaqueta. Esta vez no era un trozo de tela, sino una cajita. La abrió, tomó algo en su mano y me lo ofreció.

—Solveig Lejongård —declaró—, eres el amor de mi vida. Desde que te conozco, ya no puedo imaginar vivir sin ti. Cada día que no pasamos juntos me provoca un inmenso dolor. Por favor, pon fin a mi tormento... ¡Cásate conmigo!

Contuve la respiración un instante. Tenía el corazón desbocado. No podía creer que acabara de pedirme eso. Nunca habíamos hablado en serio del matrimonio, ¡y de pronto me preparaba algo así!

—¡Estás loco! —exclamé.

—Es posible. Pero eso, en realidad, ya lo sabías. —Me miró lleno de esperanza—. Bueno, ¿qué me dices? ¿Quieres un marido loco?

¿Lo quería? Me encantaba estar con Sören. No era capaz de imaginar a un hombre más cariñoso y atento. A ningún otro hombre, en realidad. Aunque mis padres opinaban que era mejor no comprometerse con nadie demasiado pronto.

—¡Sí! —contesté sin poder contenerme—. Sí, quiero.

Solté un sollozo y me incliné hacia él para besarlo.

—Espera —dijo, y me tomó de la mano—. Primero tengo que ponerte el anillo.

Lo deslizó en el dedo anular de mi mano izquierda y posó un beso en ella. Una oleada de felicidad recorrió mi cuerpo. ¡Pronto sería su esposa! Por fin me soltó la mano. Me agaché y lo besé con pasión.

Poco después, estábamos sentados en la escalinata del edificio, acurrucados, viendo cómo se iban apagando las velas, una tras otra. Yo tenía la cabeza apoyada en su hombro y, aunque deberíamos haber estado hablando de nuestros planes de futuro, en ese momento solo deseaba sentir su presencia junto a mí. Disfrutar de la felicidad que me transmitía.

De pronto, la puerta que teníamos detrás se abrió y nos asustó a ambos. Al volverme, vi a una de las mujeres de la limpieza, que miró con reprobación las velas repartidas por la nieve.

—¡Espero que recojáis todo eso! —protestó.

—No se preocupe, nos lo llevaremos. Hasta me he traído una bolsa de basura. —Sören se sacó una bolsa del bolsillo de la chaqueta.

Tuve que reprimir una carcajada. La venda, el anillo, la bolsa de basura...

—Está bien, ¡pero vendré a comprobarlo! Como mañana siga ahí, os denunciaré al rector.

Me pregunté cómo pensaba hacer eso. ¿Conocía los rostros y los nombres de todos los estudiantes? Era bastante improbable, lo cual hacía que su advertencia fuese una amenaza vacía.

—Qué romántico, recoger después de una petición de mano... —comenté cuando la mujer volvió a desaparecer por la puerta.

—Tranquila, que de la parte romántica me ocuparé en casa —repuso él.

—¿Y por qué no me lo has pedido allí?

—Porque quería que fuese algo especial. Además, no estaba seguro de cómo reaccionarías. No quería arriesgarme a que me destrozaras el piso.

Me eché a reír. Estaba acostumbrada a sus ocurrencias, pero ese día parecía especialmente inspirado.

—¿Alguna vez te he roto yo algo? —pregunté—. Recuerda que fue a ti a quien se le cayó el jarrón de tu tía Clara.

—No soportaba ese jarrón.

—Pues te vi bastante apenado. —Alargué el cuello y le di un beso en los labios—. Gracias. Ha sido la mejor petición de mano que me han hecho nunca.

—Y espero que jamás te apetezca compararla con ninguna otra.

—No creo que nadie pudiera superarte.

—Eso me tranquiliza.

Posó un brazo sobre mis hombros y no tardamos en volver a unir nuestros labios en un beso largo y ardiente que encendió mi deseo. Si hubiéramos estado en su piso, lo habría arrastrado a la cama en ese instante. Pero Sören tenía razón: la petición había sido muy especial y era el colofón perfecto para nuestra historia de amor.

NOS HABÍAMOS CONOCIDO en el campus. Por aquel entonces, yo estaba en el primer semestre y todavía me costaba orientarme en Estocolmo. Como siempre había vivido en Lejongård, para mí la ciudad era algo nuevo y emocionante. Kitty y yo acabábamos de coincidir en la residencia, y yo aún no sabía si podría soportarla más de un mes como compañera de habitación.

Un día se cruzó en mi camino un hombre. No tenía aspecto de jovencito, sino el de un hombre hecho y derecho. En ese momento no imaginé que solo tenía dos años más que yo, porque parecía contar con mucha más experiencia. Cuando me sonrió, se le iluminó el rostro de tal manera que me dejó prendada. Pasaron los minutos y yo no podía pensar en nada más que en aquella sonrisa. Me había causado tal impresión que estuve a punto de saltarme la siguiente clase, y todavía ocupaba mi pensamiento mucho después, hasta el punto de que perdí el autobús que debía tomar para regresar a la residencia.

Incluso pasé la noche pensando en él.

Aun así, no me hacía ilusiones de volver a verlo. Además, pensaba que aunque me lo encontrara, seguro que era un docente, alguien que jamás se codearía con una joven estudiante como yo. Y, pese a todo, no dejaba de buscarlo con la mirada. Aquel breve instante había bastado para que su rostro se quedara grabado en mi memoria.

Sin embargo, como no aparecía por ninguna parte, poco a poco fui perdiendo la esperanza.

Kitty y yo, contra todo pronóstico, nos hicimos amigas, y el hombre de los ojos castaños y la sonrisa maravillosa fue borrándose de mi pensamiento. Hasta un día que, de pronto, me lo encontré frente a mí. Estaba allí plantado, sonriéndome, delante de la escalinata en la que nos sentaríamos años después. Del susto, se me cayó la bolsa que llevaba en las manos.

—Hola —dijo—. ¿Te apetecería tomar un café conmigo?

—Ah... Es que... —No fui capaz de decir más.

El corazón me latía a toda velocidad, de repente tenía un calor espantoso. Había pasado semanas intentando encontrármelo, y por fin lo tenía delante, como si mi deseo lo hubiera guiado hasta mí.

Se echó a reír y yo me sonrojé al instante. ¿Por qué me comportaba de una forma tan boba? Kitty le habría contestado que sí sin darle más vueltas, se hubiera cogido del brazo y se habría marchado con él.

—¿Te he asustado? —preguntó—. Perdona, no era mi intención. Solo me ha parecido que hoy sería un buen momento para hablar contigo, hace semanas que no consigo pensar en otra cosa.

¿Me estaba tomando el pelo? No podía creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

—No, yo... Solo me ha sorprendido.

Fui recuperando la compostura poco a poco. ¿Qué mal había en que un joven hablara conmigo? Además, ¡hacía mucho que soñaba con un momento así!

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Tienes tiempo de tomar un café o te espera alguien?

—No, o sea, sí. Tengo tiempo y no me espera nadie. Mi compañera de habitación, como mucho.

Sonrió y me miró con ojos soñadores. Entonces pareció recordar algo.

—Ay, perdona, todavía no me he presentado. Me llamo Sören Lundgren.

—Solveig Lejongård —repose, y le tendí una mano con torpeza.

Él la aceptó y noté que tenía los dedos helados. Parecía igual de nervioso que yo, y eso, por algún motivo, me resultó divertido.

Fuimos a una pequeña cafetería. Pedimos dos cafés y nos sentamos el uno frente al otro, bastante cohibidos al principio. ¿De qué podía hablar con él? Esas últimas semanas había estado tan ocupada intentando encontrármelo que no había dedicado ni un minuto a pensar cómo sería tenerlo delante al fin.

—Me parece que no eres el único que no ha podido pensar en otra cosa —confesé—. La verdad es que, desde que nos vimos, incluso te he buscado. Por desgracia, no había logrado encontrarte.

—He pasado varios días enfermo —explicó—. Ya sabes, la gripe que corría por aquí.

Lo recordaba. Muchos compañeros habían caído con fiebre y tos, y habían tenido que guardar cama. A Kitty y a mí nos pareció

un milagro que ninguna de las dos se hubiera contagiado, cuando por lo menos la mitad de la residencia lo había hecho.

—El caso es que he tardado un tiempo en recuperarme del todo, y luego he tenido mucho que hacer para ponerme al día. Mis amigos incluso han empezado a tomarme por ermitaño.

—Y yo que pensaba que aquel día habías pasado por el campus por casualidad...

Me sonrió.

—Entonces, debió de ser el destino, ¿no?

—El destino, sí —repose, y bajé la mirada hacia el café con timidez.

DESPUÉS DE RECOGER todas las velas apagadas como dos niños obedientes, fuimos al piso de Sören. Vivía en un pequeño apartamento no muy lejos del campus. Era de un tío suyo que se había marchado unos años a Estados Unidos, aunque parecía que tenía intención de quedarse allí para siempre. Me encantaba esa vivienda. Sören había pintado las paredes de amarillo y naranja, de manera que incluso en invierno irradiaban una calidez estival.

Cuando nos casáramos, podríamos vivir ahí, por los menos al principio. Sabía que Sören tenía intención de abrir una consulta para animales de compañía. Todavía no lo habíamos hablado, pero tal vez estuviera de acuerdo en trasladarse a Kristianstad. Yo podría trabajar con él mientras mi madre siguiera estando en condiciones de dirigir la finca. Matilda había cumplido cincuenta y tres años en noviembre y todavía se la veía muy joven y vital, pero, cuando se retirara, tenía muy claro que sería yo quien tomaría las riendas de Lejongård.

Pero, de momento, todo eso no eran más que castillos en el aire. Había conocido al mejor hombre del mundo y me había convertido en su prometida; lo demás llegaría a su debido tiempo.

Apenas cruzamos la puerta, me acerqué a él y lo besé.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, algo desconcertado.

—Antes me has prometido que aquí te ocuparías de la parte romántica —dije—. Creo que deberíamos ponernos a ello sin más preámbulos.

—Pero es que aún tengo que preparar algo.

—No necesito ningún preparativo. Solo a ti.

En ese instante solo deseaba una cosa: amarlo hasta que quedáramos totalmente extenuados. Lo mismo me daba si en la cama había pétalos de rosa o no.

Cuando Sören soltó la bolsa de las velas y me atrajo hacia sí, noté con toda claridad que sentía el mismo deseo que yo. Nos besamos con ardor y, poco después, lo llevé al dormitorio, a la cama que ya me resultaba tan conocida.

—Tal vez deberíamos esperar hasta la noche de bodas —bromeó mientras le quitaba el jersey.

—Me temo que, si querías casarte con una virgen, llegas un poco tarde. Además, quién sabe cuánto faltará aún para eso.

Antes de que pudiera decir nada más, le cerré la boca con un beso y nos hundimos en el colchón.

## Capítulo 2

LA MAÑANA SIGUIENTE nos despertamos bastante tarde. Me pregunté qué habría pensado Kitty al ver que no había vuelto a la residencia, pero sin duda sospecharía que estaba con Sören. Últimamente no era extraño que me quedara a dormir en su casa también entre semana.

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas y sentí su calidez en la piel. Miré a un lado y vi el rostro de Sören. Sus párpados de pestañas oscuras estaban cerrados, un mechón de pelo le caía en la cara. Alargué la mano en un acto reflejo para apartárselo. Cuando lo rocé con la punta de los dedos, abrió los ojos.

—Buenos días —dijo, casi con demasiada energía para acabar de despertarse.

—Buenos días —contesté—. ¿Cuánto hace que estás despierto?

—Un rato. Lo bastante para contemplar a mi hermosa prometida mientras dormía.

—¿Y por qué te has hecho el dormido, entonces?

Le acaricié la mejilla y la noté algo áspera. Me gustaba, en especial cuando me besaba. ¿Lograría convencerlo para que se dejara crecer la barba?

—Quería darte la ocasión de contemplarme, como haces a veces. No pensaba que se te fuera a ir la mano tan pronto.

—Como si no te gustara...

—Claro que me gusta. Mucho, de hecho. Y no solo en la frente. —Deslizó un brazo bajo las sábanas y me rodeó la cintura.

Sus caricias me hicieron sentir un hormiguelo por todo el cuerpo. Me invadió el deseo. No habría tenido nada en contra de

pasar todo el día en la cama con él, pero ya le había dicho a mi madre que iría a Lejongård y, además, quería darle la maravillosa noticia lo antes posible.

—En la finca tendremos tiempo de sobra para estar juntos —dije, y lo besé—, pero ahora será mejor que nos levantemos.

—Solo un beso más —me rogó antes de estrecharme entre sus brazos.

FUIMOS A BUSCAR mis maletas a la residencia y nos pusimos en camino.

Por suerte, Kitty no estaba, porque, si no, seguro que me habría visto obligada a responder montones de preguntas.

Para llegar a Lejongård teníamos seis horas y media de trayecto, así que decidimos turnarnos al volante. Yo conduciría las tres primeras y Sören se ocuparía del resto.

Me gustaba conducir. En Estocolmo no tenía muchas ocasiones para poner en práctica mis habilidades como conductora porque la mayoría de los trayectos los hacía en autobús. Además, no tenía vehículo propio. Menos mal que Sören no compartía la opinión de mi padre de que las mujeres no tenían nada que hacer al volante.

A mitad de camino nos detuvimos en un área de descanso. En esa época del año, muy pocos vehículos paraban ahí.

—¿Qué te parecería si organizáramos una ruta completa? —le propuse a Sören mientras sacábamos las provisiones—. Como luna de miel, quiero decir.

—Yo había pensado más bien en ir al Mediterráneo. Al sur de Francia. Podríamos alojarnos en Niza y Saint-Tropez, y contemplar a los especímenes de la alta sociedad.

Sonreí.

—Eso estaría muy bien.

Me guardé para mí que también yo pertenecía a esa «alta sociedad», por mucho que nuestra finca hubiera dejado atrás sus días de mayor esplendor. En cualquier caso, no me identificaba en absoluto con las damas que salían en las revistas, cargadas de joyas, con enormes gafas de sol y vestidos de diseño.

—En cuanto tengamos fecha para la boda, empezaré a organizar el viaje. —A Sören se le iluminó el rostro—. ¿Cuándo crees que podremos celebrarla?

—Eso depende de lo que digan mis padres.

—¿Crees que se opondrán?

Negué con la cabeza.

—No, seguro que no. Mi madre te considera el yerno ideal.

—Ay, Dios mío, ¿te ha dicho ella eso?

Me puse a reír.

—No, pero sé interpretar las señales. En una boda como la nuestra hay que tener en cuenta muchos detalles. Hace tiempo que no se organiza una gran celebración en Lejongård. Habrá que invitar a muchas personas: familia, amigos, socios comerciales...

—¿Qué? ¿Incluso a socios?

—Si no, se ofenderían. Además de a tu familia, amigos...

—... socios comerciales —añadió él, burlándose—. Me pregunto si el doctor Larsen acudiría. —Larsen era el veterinario con quien hacía las prácticas.

—Podemos invitarlo, si quieres. Me encantaría que pudiéramos celebrar la boda al aire libre. Ya sabes lo bonito que está el jardín en verano.

—Sí, lo sé.

—Y también sabes que, en ese sentido, estoy muy chapada a la antigua.

Sören asintió.

—Por suerte, en muchas otras cosas eres muy moderna.

—Lo mejor sería buscar una fecha para este verano. Junio o julio, quizá.

—¿Junio o julio? —Sören soltó una risotada de alivio—. ¡Es maravilloso! Temía pasarme varios años prometido contigo.

—Eso no se lleva desde los tiempos de mi bisabuela Stella —expliqué.

—¿La mujer de mirada severa que está en el cuadro del vestíbulo de la entrada?

Mi abuela nunca hablaba mucho de ella, pero ese retrato transmitía al espectador cierta idea de cómo debieron de ser

aquellos tiempos. Seguro que, por entonces, los noviazgos de varios años eran tan corrientes como el hecho de llevar corsé.

—¿Quién puede reprocharle su severidad? Estaba en la flor de la vida cuando perdió a su marido y a su hijo. Después de algo así, es normal que se te quede un gesto huraño. Aunque a mí también me parece demasiado majestuosa.

—Y anticuada.

—Hasta nosotros lo seremos dentro de cien años, cariño.

Lo miré a los ojos. ¿Cómo sería envejecer junto a él? ¿A quién se parecerían nuestros hijos? Porque deseaba tener hijos, dos por lo menos. Por mucho que compaginar el trabajo con la maternidad pudiera resultar estresante, me apetecía vivir ambas experiencias.

Después de la breve pausa, nos pusimos de nuevo en marcha. Todavía se veía algún montículo de nieve acumulada aquí y allá, pero, en general, las carreteras estaban bastante limpias.

Como habíamos intercambiado los asientos, me alegré de poder descansar un poco, ya que notaba el cuello algo tenso. No estaba acostumbrada a conducir tantas horas seguidas.

El rumor del motor terminó por adormecerme. Acomodé la cabeza en la capucha de la chaqueta y cerré los ojos. Mi mente se llenó de imágenes de mi futura boda. ¿Qué clase de vestido elegiría? ¿Uno largo o uno más corto? Mi madre se decantaría por el primero, sin duda, pero a mí me atraía la idea de escoger uno de un corte parecido a los que llevaba la princesa Grace de Mónaco en las ocasiones especiales. Seguro que así llamaría la atención.

Mientras imaginaba mi vestido de novia, caí en un sueño profundo.